

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Estudios Históricos, por don A. Pirala.—En un Album (poesía), por don Teodoro Guerrero.—Cuentos de color de Rosa (conclusion), por don Antonio de Trueba.—Balada, por don Fernando Martinez Pedrosa.—Variedades: Casualidades científicas, por don Emilio de Tamarit.—Teatros, por don Antonio Arnao.—Bibliografía.—Modas.—GRABADO: Modas.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

SEGUNDA PARTE.

Rhea Silvia.

FUNDACION DE ROMA.—RAPTO DE LAS SABINAS.—HERSILIA.—LAS VESTALES.



A historia de Rhea Silvia nos presenta la oportunidad de reseñar, aunque ligeramente, la fundacion de Roma, de esa gran ciudad, que á su fama puede añadir la de haber producido multitud de heroínas. En este suceso tambien se mezcló la fábula, pero como ya hemos dicho en otro lugar, prescindimos de ella, y admitimos lo que espresan escritores autorizados, ó tiene visos de verosimilitud.

Al nacer de Rhea Silvia dos niños gemelos, fué acusada la madre por el usurpador y ambicioso Amulio, encerrada en una estrecha prision, y arrojados al Tíber los dos gemelos. Cual la de Moisés flotó la cuna en las aguas, detúvose en la orilla, y al lloro de los infantes, acudió el pastor Fáustulo, que admirado del suceso, se los llevó á su casa, é hizo que los criase su esposa, Acca Laurencia, á quien los pastores solian llamar Lupa, originándose de aquí

la fábula de que Remo y Rómulo, los dos gemelos, habian sido criados por una loba.

Llenos de hermosura, fuerza y valor crecieron los dos niños, y ya jóvenes los reconoció su abuelo Numitor, y aliados los tres destronaron al usurpador Amulio, unos siete siglos antes de J. C., y salió Rhea Silvia de la prision en que el tirano la habia encerrado.

Roma que no debió su fundacion á Rómulo, porque ya existía una aldea, le debió su engrandecimiento ó su renacimiento. Agrandóla abriendo en ella su asilo, adonde acudieron multitud de aventureros; y así fué creciendo aquella poblacion que habia de enseñorearse del mundo; estableciéronse algunas leyes, y las victorias conseguidas por sus habitantes en las pequeñas guerras que se fueron originando, les iban dando poder é importancia.

Cuatro años llevaba de crecimiento Roma, y como apenas habia mujeres, parecia un campamento. Para que dejara de serlo y fuese una poblacion, envió Rómulo embajadores á las ciudades vecinas pidiendo sus doncellas en matrimonio para los romanos, alegando como prueba de la proteccion que los dioses dispensaban á su pueblo la prosperidad de la nueva colonia. Fuese por envidia á la fortuna de la ciudad naciente, ó por la mala fama de sus habitantes, es lo cierto que despreciaron la embajada, y se negaron á lo que solicitaba Rómulo.

No podia éste perdonar el agravio, pero disimuló, y anunció despues unas fiestas solemnes en honor del dios Neptuno, invitando á todos los habitantes de los estados vecinos. Acudieron multitud de ellos, y casi todos los sabinos de Cures con sus familias; y en medio de las fiestas, á una señal con-

venida, robaron los romanos á las jóvenes sabinas, venciendo la resistencia que opusieron sus parientes y compatriotas (1).

Unas setecientas mujeres quedaron en poder de los romanos, y no pudiendo estos aplacar la ira de los extranjeros ultrajados en la hospitalidad, se encendió entre ambos pueblos una guerra cruel y sangrienta.

Favorecidos los sabinos por la traición (2), ó por la suerte, ó mas bien por una y otra, se aproximaron á Roma, y al salir Rómulo á hacerles frente, fué rechazado y dispersos sus soldados; pero se rehace, vuelve á dar frente al enemigo, comienza de nuevo la batalla, bregan ambos pueblos con afán de exterminarse, y de repente se presenta Hersilia á la cabeza de las sabinas, sus compatriotas, y oponiéndose entre los combatientes con los cabellos esparcidos, derramando lágrimas y con un niño en los brazos, la imitan las demás, y se arrojan á los pies de los guerreros, siendo fama que dijo Hersilia:

—«En vano os pretende separar el odio, pues estais ligados á nosotras con un lazo indisoluble. Si quereis ultrajar á la naturaleza, rompedle dándonos la muerte; vuestras armas serán menos inhumanas si nos degüellan, que si nos dejan huérfanas y viudas. ¿Queréis que nuestros hijos sean mirados en todo el universo como una raza de parricidas? Ceded á la naturaleza, y cese vuestro furor; aplacáos ó matadnos.»

Después de un momento de silencio, fueron atendidos los ecos de la piedad y de la ternura; depusieron sus armas los antes encarnizados enemigos, y se abrazaron sus jefes Rómulo y Tacio, formando desde entonces los sabinos y romanos un solo pueblo, merced al esfuerzo heroico de Hersilia y sus compañeras (3).

(1) Cuéntase que «la mas hermosa entre aquellas jóvenes fué concedida por aclamación á un patricio joven y valiente llamado Telasio: desde entonces se estableció en Roma la costumbre de invocar el nombre de Telasio en todas las fiestas nupciales.»

(2) Unos acusan de esta traición á una romana llamada Tarpeya, y otros á un romano, Espurio Tarpeyo.

(3) Un ejemplo parecido presenta la historia de los celtas. Divididos estos en partidos, se arman, y cuando estaban esperando la señal para la batalla, se presentaron en el campo las mujeres, y con súplicas, lágrimas y caricias, aplacaron el furor de los hombres, se reconciliaron, y llevaron á las mujeres poco menos que en triunfo.

Desde entonces, cuando se trataba entre los celtas asuntos de paz ó guerra, asistían las mujeres á la asamblea, y las diferencias entre los vecinos, se dirimían según su parecer.

La historia nos presenta además otros ejemplos gloriosos que íremos viendo.

Pero hemos hablado de Rhea Silvia, y nada hemos dicho de las Vestales, á cuya clase pertenecía. Sacerdotisas originarias de Alba, fueron establecidas después en Roma por Numa Pompilio, segundo rey, creando dos en un principio: otro monarca ascendió su número á cuatro, y mas tarde se elevó á seis, siendo fijo este número mientras duró la institución.

Su principal encargo era custodiar el fuego sagrado que ardía continuamente en honor de la diosa Vesta, creyéndose entonces que á su extinción acompañarían las mas horribles desgracias; por esto la Vestal que lo dejaba apagar, era azotada rigurosamente por el pontífice máximo.

El mayor y mas observado precepto en las Vestales, era conservar su virginidad, sin lo cual se les consideraba indignas de guardar el sagrado depósito que les estaba confiado; la que quebrantaba su voto era enterrada viva, causando este castigo una general consternación: todo el mundo vestía luto; se cerraban las tiendas, y por todas partes reinaba un silencio sepulcral.

Esto demuestra la importancia que tenían estas sacerdotisas de Vesta, que disfrutaban además de grandes distinciones, honores y privilegios. Se les creía por su palabra, y no prestaban juramento en actos de justicia: recibían visitas de hombres y mujeres: podían ir á cenar á casa de sus parientes y amigos, y asistir á los espectáculos, donde tenían puestos reservados; y al presentarse en público les precedía un licor con las haces consulares, y todos, incluso los mismos cónsules, les cedían el paso y bajaban sus haces delante de ellas. Si encontraba una Vestal casualmente á un reo que llevasen al suplicio, podía salvarle la vida. Intervenían para apaciguar las disidencias, y se depositaban en sus manos los testamentos como el lugar mas seguro.

Las Vestales se consagraban por treinta años al servicio de la diosa, y pasado este tiempo, podían renunciar al sacerdocio, y contraer matrimonio perdiendo el carácter que antes habían tenido.

Duró la institución de las Vestales cerca de mil y cien años, hasta que en el año 389 de nuestra era, mandó Teodosio se cerraran todos los templos de los falsos dioses.

Tal era el sacerdocio al que pertenecía Rhea, la madre de los que poblaron y engrandecieron á Roma. Conocida esta parte interesante de la historia, la seguiremos al ocuparnos en el siguiente artículo, de una de las mujeres que personifican también su época.

A. PIRALA.

LITERATURA.

En el Album

DE MI HERMANA EVELINA.

Llenen otros tu libro
de bellas flores,
y de lisonjas dulces,
ecos de amores.

Todo es mentira;
yo la verdad te digo,
hermana mía.

Sin interés te quiero,
que en este mundo
el amor de familia
es el mas puro;
el que mas quiere,
el que no se profana,
el que no muere.

¡ Los padres! los hermanos!
¡ así vivimos!
como ramas á un tronco
vamos unidos.

No quiera el cielo
que se rompan los lazos
que nos unieron.

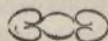
Una madre en la vida
es el emblema
del amor de los cielos:
la providencia.

Cáliz bendito
que recoge tu llanto:
llora contigo.

El camino te enseña;
¡ ay, Evelina!
¡ feliz tú si á tu madre
en todo imitas!

Dios nos conserva
una madre amorosa....
¡ Bendito sea!

TEODORO GUERRERO.



CUENTOS DE COLOR DE ROSA.

LA MADRASTRA.

(CONCLUSION.)

VIII.

Era la caidita de la tarde. Bajo los cerezos que habia delante de casa de Martin estaban este, Joaquina y Antoñito ordeñando una docena de cabras que acababan de acudir de los vericuetos inmediatos á la voz de otros tantos cabritillos que las llamaban sacando la cabecita por las enrejadas ventanas de la rocha (1).

Quien ordeñaba las cabras era Martin; Joaquina las sujetaba de los cuernos con una mano, y con la otra sujetaba á Antoñito, ó mejor dicho á Tonio, que así le llamaban, y así llaman á los Antonios en aquel país.

—Yo quiero mamar la cabra pinta, decia Tonio, que era ya una especie de angelote con mas fuerza que un toro.

—Verás, verás, que tantarantan vas á llevar, si por no estarte quieto se vierte el jarro de leche, decia Joaquina, trabajando mas para contener los botes del niño que los botes de la cabra.

—Pues yo quiero mamar la cabra pinta! repetia el niño.

—Anda, condenado, anda y atrácate hasta que revientes; Díos me perdone, dijo Joaquina dejándole al fin escapar.

El niño se dirigió saltando hácia una cabra blanca con manchas negras que salió á su encuentro berreando cariñosamente, como si ya sintiera el consuelo que iba á experimentar cuando descargasen su ubre los suaves y sonrosados lábios del niño.

Entretanto los cabritillos se desgañitaban en la rocha, como diciendo:

—Ah tunantes! cómo nos cercenais la ración!

Leon contemplaba el trabajo de sus amos, majestuosamente sentado á corta distancia, y ojo alerta para hacer volver á su sitio, con muy buenos modales, á las cabras que se descarriaban. Y el Minino andaba tambien por allí diciendo para sus adentros:

—Algo de eso me tocará á mí.

La cabra pinta, que no tenia cría porque las águi-

(1) *Rocha*. Un departamento que suele haber en las cuadras para separar de sus madres el ganado lechal. Tambien suele llamarse rocha á la bodega, aunque es mas general el nombre de cubera.

las se la habian arrebatado apenas la parió, se dejaba mamar con una paciencia sin límites.

A cualquiera parecerá que maldita la gracia tiene un niño zangolotino mamando de una cabra; pero á Joaquina le parecia todo lo contrario. Y es que las madres todo lo encuentran en sus hijos gracioso á mas no poder.

—Pero no ves, Martin, decia Joaquina reventando de gozo, ¿no ves con qué gracia chupa ese hijo que Dios me ha dado? Si es lo mas gitano que ha nacido de mujer! Vamos, si me le comeria á besos.

Joaquina iba á desahogar su entusiasmo maternal comiéndose á besos á su hijo, aunque el chico preferia á los besos de su madre la leche de la cabra pinta, cuando se apareció por allí Ramona, que era la vecina que habia prometido á las chicas interceder por ellas.

—Buenas tardes, hijos. Parece que se prepara la cena, ¿no es verdad?

—Olá, Ramona. Sí, estamos sacando un jarrito de leche para cenar esta noche.

—Vamos, déle Vd. un sorbo, dijo Martin levantándose y alargando el jarro á la vecina.

—Gracias. Lo probaremos.

Y la vecina acompañó el hecho con el dicho.

—Qué tal, está buena? le preguntó Joaquina.

—Y de casta (1), contestó Ramona limpiándose los labios con el cabo del delantal.

—Y dónde anda la familia menuda? preguntó á su vez.

—Ahí tiene Vd. á Tonio llenándose el cuerpo de leche. Las motilas han ido á Valmaseda á vender unas peras para ayuda de comprar unos zapatos á ese enemigo malo, que ha destrozado ya los nuevos.

Martin llevó á casa el jarro de leche, recogió las cabras en la cuadra, y en seguida abrió la puerta de la rocha para que los cabritillos se juntaran con sus madres y cenaran la parte de racion que se les habia dejado.

Durante esta operacion Joaquina, Ramona y Antoñito, habian quedado bajo los cerezos, las primeras charlando como cotorras, y el último saltando y brincando para dijérir el atracon de leche que acababa de darse.

—Pero vamos á otra cosa, dijo Ramona, hablemos de tus entenadas ahora que no está aquí Martin delante, que no me gusta infernar los matrimonios. ¿Te parece á tí, Joaquina, que es ley de Dios lo que estás haciendo con esas criaturas?

—¿Pero hago yo algo malo con ellas?

—Calla, calla, hebrea, que ninguna mujer como

Dios manda se prevale de que unas pobres niñas no tengan madre para traerlas como azacanas y mandarlas cosas imposibles, como haces con tus entenadas.

—¿Pero les falta algo acaso?

—Les falta una madre, que es cuanto les puede faltar.

—¿No las trato como si fueran mis hijas, á pesar de que debiera aborrecerlas de muerte?

—Pícara! por qué las has de aborrecer?

—Porque por ellas no tiene padre mi hijo.

—Qué no tiene padre?

—Haga Vd. cuenta que no, porque por causa de ellas no puede ver Martin al niño.

—Si tú fueras una verdadera madre para tus entenadas, no sucederia eso.

—Y no lo soy acaso?

—¿Te parece á tí que si viviera la que está en el cielo, hubieran ido esta mañana por esos caminos llorando á lágrima viva, y esta tarde volverian temblando porque saben que las vas á recibir á golpes?

—Y buenos que los han de llevar como no hayan hecho lo que yo les encargué.

—No tienes tú toda la culpa, que mucha tiene el descastado de su padre. Ah! si la pobre Dominica levantára la cabeza....

Ramona se detuvo viendo llegar á Martin, y la conversacion varió de rumbo; pero Martin volvió á entrar en casa á sus quehaceres.

A corto rato llegó Antoñito, y zarandeando de los vestidos á su madre empezó á cencerrar.

—Madre, cuándo cenamos? gem! gem! yo quería cenar.

—Pero criatura, le replicó Joaquina, ¿no te acabas de atracar de leche?

—Sí, pero mamar no es cenar.

—Esta gracia del angelito hizo prorumpir en una ruidosa carcajada á Joaquina, que exclamó abrumando de besos á su hijo.

—Hay, bendita sea tu boca amén, que tienes tú mas gracia que el salero del mundo. Pero no vé Vd., Ramona, qué hijo tan alhaja tengo aquí!

—Dios le bendiga, hija, dijo la vecina recalando sus palabras; Dios le bendiga y le conserve su madre, que si tú le faltáras, qué seria de él!

—Se moria el hijo de mis entrañas si le faltára su madre! asintió Joaquina saltándosele las lágrimas de ternura.

—No se moriria, repuso la vecina siempre con segunda intencion, no se moriria, que tampoco tus entenadas se han muerto, pero mas le valdria morirse, que tener por madre á la que no le ha parido.

Las sonrosadas mejillas de Joaquina se pusieron de repente pálidas como las de una muerta. Una idea horrible y desconsoladora acababa de asaltar por primera vez la imaginacion de aquella madre idólatra

(1) Y de casta. Afirmacion superlativa, muy comun en las encartaciones.

de su hijo, la de que su hijo podría llegar á tener madrastra, y sufrir lo que su madre habia hecho sufrir.

Su vecina, que era mujer de años y de experiencia, adivinó lo que pasaba en el rostro de Joaquina, y trató de hacer un esfuerzo supremo para proporcionar una madre á las desventuradas niñas, que tanto habian llorado por no tenerla.

—Joaquina, añadió con acento solemne, Dios castiga sin palo, y á veces pagan justos por pecadores. Las madres se mueren, y los viudos se casan para dar madrastra á sus hijos, ya que no pueden darles madre.

—Madrastra!... Hijo de mi alma! murmuró Joaquina estrechando contra su corazón á su hijo, como si alguien fuera á arrebatársele.

En aquel momento aparecieron por una estrada que desembocaba junto á la casa, las tres niñas que volvian de Valmaseda.

Venian las tres muy alegres.

Joaquina se dirigió á su encuentro llamándolas cariñosamente, y quizá por primera vez de su vida tuvo impulsos de estrecharlas en sus brazos y devorarlas á besos.

Las niñas, casi antes de llegar, se apresuraron á referir la manera poco menos que prodigiosa con que habian cumplido las órdenes de su madrastra.

—Joaquina! exclamó la anciana, ¿no ves la mano de Dios en esa especie de milagro?

—Sí, sí! contestó Joaquina. Dios abre al fin mis ojos, aunque tal vez será tarde.

—Para el bien nunca es tarde! dijo Ramona con acento semi-profético.

Y Joaquina no pudiendo ya resistir el noble sentimiento que acababa de venir á purificar su corazón, abrió sus brazos á las niñas, y prodigándoles el nombre de hijas, que nunca les habia dado, las estrechó en ellos con infinita ternura y las colmó de besos, inundándolas de amorosas lágrimas.

En aquel instante la pobre Dominica que desde el cielo velaba por sus hijas, también debió llorar de santa alegría.

—Martin! Martin! gritó Ramona llorando á su vez de gozo.

—Qué es eso, Ramona? preguntó el honrado labrador apareciendo en la puerta.

—Es, le contestó la vecina, que tus hijas ya tienen madre.

—Qué Dios y la que está en el cielo la bendigan! exclamó Martin llorando de regocijo.

Y corriendo al niño que travesaba bajo los cerezos, le tomó en sus brazos, y le prodigó los ardientes cariños que prodigaba á las niñas su mujer.

Esta se dirigió entonces á la anciana, y como las sombras de la noche que habian ido descendiendo, no la permitiesen ver lo que bajo los cerezos pasaba,

interrogó con ansiedad á la anciana, y la anciana le respondió:

—Es qué tu hijo ya tiene padre!

ANTONIO DE TRUEBA.

BALADA.

A Rosalia, Dolores y Souche Rodan.

A la márgen de un rio
llora un mancebo
perdidas ilusiones
de su deseo;
y del rio las aguas
murmuradoras,
las lágrimas se llevan
que de sus ojos brotan.

Felicidad soñada,
gloria mentida,
hacen rodar el llanto
por sus mejillas.
Cuando un rojo destello
del sol que muere,
baña en su luz tres flores
que el vientecillo mece.

Al aspirar su aroma
su llanto cesa;
dicha anheló y el cielo
dióselas en ellas.
Se repliegan las flores,
muere la tarde,
y lucen tres estrellas
en el cénit radiantes.

¿Quién hay que á sus fulgores
no quede ciego?
¿Por qué intentan los ojos
gozarse en ellos?
Ah! turbados los míos
ved cual se cierran...
soñando con las flores
me alumbran las estrellas.

Gloria, gloria encantada!
¡nombre inefable,
para adornar mis sienes
tres perlas dáme.
Y ya cuando la muerte
mi afán mitigue,
áurea corona un ángel
ciña á mi frente humilde.

La luz del alba asoma,
y en dulces trinos,
cantan al sol las aves,
murmura el río...
Despierto, y mis sentidos
la realidad evocan...
perlas, flores, estrellas,
érais, niñas, vosotras.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

VARIEDADES.

CASUALIDADES CIENTÍFICAS.

En el año 1789, hallábase cierto día el célebre Galvani, profesor de medicina, en Bolonia, ocupado en disecar varios animales; acababa de desollar una rana, y afianzándola por la médula espinal en un ganchito que halló á mano, formado con alambre de cobre, la colgó en su balcon; hacia algo de viento, y la rana oscilaba como un péndulo; observó entonces en ella contracciones musculares cada vez que tocaba los hierros de dicho balcon.

Las contracciones se reproducian al colocar la rana sobre una placa de hierro, y al poner este metal en comunicacion con el ganchito de cobre.

Para un hombre estudioso como el sábio Galvani, bastó semejante observacion, y se dedicó á verificar ensayos, que le demostraron que estas convulsiones podian manifestarse tan solo con un metal, pero que entonces eran raras y débiles, motivo por el cual era necesario emplear dos para hacerlas fuertes y durables, y en este caso á cada nuevo contacto de los dos metales, las piernas de la rana se replegaban y agitaban, como si estuviera viva, efectos que podian reproducirse algunas horas despues de la muerte del animal.

Hé aquí el carácter esencial del descubrimiento del galvanismo, á que tan variadas aplicaciones dieron despues los físicos, debido á la rara casualidad de ocurrírsele á Galvani el colgar la rana de un gancho de cobre en contacto del hierro del balcon.

El descubrimiento del iman, especie de piedra en cuya composicion entra gran parte de hierro, es debido tambien á un casual accidente. El primer fenómeno magnético que se conoció fué el de atraer el iman al hierro, atraccion que segun Plinio, la observó casualmente un pastor en el monte Sipilo, junto á Magnesia, ciudad del Asia menor. Había fijado en el suelo un palo que llevaba, armado con una contera de hierro, y al quererlo arrancar necesitó

hacer mucha fuerza, segun la resistencia que ofrecia, por cuanto que la contera se habia adherido á un iman; le llamó la atencion esta notable circunstancia, tanto mas, cuanto que el terreno era blando; y repetido el experimento, observó que siempre que la contera del palo tocaba en aquella misma piedra le costaba gran trabajo el separar el baston; la recogió y la llevó á la ciudad; un físico se la compró y comenzó á practicar experimentos, que fueron mas útiles y preciosos, segun progresaba la ciencia. Se le ha dado el nombre de iman, y magnetismo á su virtud ó fuerza de atraccion, de la voz latina *magnes*, por el lugar en que se encontró. ¡Cómo habia de suponerse aquel sencillo pastor que el casual capricho de fijar allí su cayado habia de dar á conocer al mundo tan asombrosa maravilla, y un norte seguro al navegante con la aguja imantada!

EMILIO DE TAMARIT.

TEATROS.

PRÍNCIPE: *Bienes mal adquiridos*.—CIRCO: *El dinero y la opinion*.—REAL: *I due Foscari*.—NOVEDADES: *Las huérfanas de la Caridad*.

Hubo un tiempo para la dramática española en que al anunciarse la representacion de una obra traducida ó arreglada del francés, se contaba desde luego con la censura privada del público, ávido de admirar producciones originales. Esta época, distante de nosotros pocos años solamente, era grata en extremo para los apasionados de la literatura patria. Pero como estamos condenados al parecer á que dure poco lo bueno, hé aquí que á tan feliz era va sucediendo, á pasos ajigantados, otra en que tanto autores como espectadores se contentan á lo que se ve con oír sobre las tablas españolas lo que piensan y hablan nuestros vecinos transpirenáticos. A la verdad, no es semejante situacion muy satisfactoria.

Pero ¿creéis que esto lo afirmo sin fundamentos ciertos? Nada de eso. Tomáos la molestia de examinar un día y otro los anuncios de las funciones escénicas. Por todas partes la misma cantinela. Cuatro teatros españoles, que pudieran llamarse de primer orden, existen en la corte. ¿Qué exhiben de continuo? Comedias, dramas, zarzuelas; traducido todo y no siempre bien. ¿Es esto lisonjero? ¿No se da lugar á pensar que nuestros ingénios se hallan faltos de númen, ó (lo que es peor y mas seguro) faltos de amor al culto del arte?

Así se explica cómo pudo establecerse competencia tácita entre dos de las principales empresas tea-

trales, por estrenar la traducción de una comedia francesa, de tan poco relieve como lo es *Ceinture dorée*, de Emilio Augier. Sin duda hubo de deslumbrarlas el nombre del autor, cuando se esforzaron cada una de por sí en ofrecer al público distinta versión castellana de la misma.

El PRÍNCIPE, alentado por el éxito de *Dalila*, fué el que la presentó primero, con el título de *Bienes mal adquiridos*. Si esta comedia valiera, y no hubiese sido ya narrada, comentada y juzgada por la prensa periódica, me detendría á referiros su argumento. Este, pobre en demasía, solo tiene en su descargo el hallarse cimentado en fundamentos verdaderamente morales. Destinado á hacer odiosas las riquezas, cuando son mal adquiridas, y á demostrar que con tales condiciones, en vez de atraer la felicidad, solo engendran los remordimientos, pudo producir, al par que sabía lección para la inteligencia, grande recreo para el ánimo; si el autor lo hubiera realizado con recursos profundamente dramáticos. Muy lejos de ello, la obra es lánguida y de escaso interés por consecuencia. De los caracteres que en ella juegan, incompletos unos, inútiles otros, el que con mas cariño ha trazado el autor, ha sido el de un joven desinteresado y severo hasta el sacrificio. Y sin embargo en él hay bastante de falso. Con ello, y con que la acción es lenta, y las inverosimilitudes muchas, resulta de la comedia un todo poco agradable.

La traducción, debida según los periódicos á una persona que ha ocupado altos puestos en la administración, es bastante incorrecta. La gracia, la ligereza de lenguaje que salvan el original francés, ha desaparecido en gran parte. Sobre todo, eso de bautizar los personajes con nombres alusivos á sus circunstancias ó cualidades, puede pasar en una comedia festiva y sin altas pretensiones á lo Breton, pero parece inconveniente en una obra que tiene las tendencias filosóficas de la concebida por Emilio Augier.

La ejecución fué esmerada. Se distinguieron la señora Palma, siempre simpática aunque se separe algo de la verdad del carácter que representa; y los hermanos Osorio, en particular D. Fernando en su brevísimo papel. El señor Pizarroso exageró el suyo notablemente.

La misma obra apareció en el Circo á las pocas noches, con el título de *El dinero y la opinión*. Aunque mucho mejor traducida por el buen hablista Rosell, y aunque representada con mas empeño al parecer, que el de costumbre, sin embargo el público no manifestó su agrado, y la comedia desapareció de la escena á muy corto número de representaciones, sin dejar rastro alguno en la memoria. El traductor ha tenido el acierto de dar á los personajes nombres castellanos que nada tienen de ridículos.

Los actores se esforzaron por hacerla agradable

al público. La señora Lamadrid tocó su papel con gracia y sencillez; y sobre todo, el señor Arjona, dió al del protagonista un alto relieve; digno de elogio, porque probaba que habia estudiado con interés el carácter que le tocó desempeñar.

Después de volverse á poner en escena, con éxito mediano, *I Lombardi*, se ha cantado por primera vez esta temporada en el REAL la conocida ópera *I due Foscari*. Decididamente Verdi está monopolizando el mundo filarmónico. Rossini, Donizetti, Bellini y Meyerbeer, se han quedado para el público como en segundo término. Y lo peor es que gran mayoría de los oyentes no los echa de menos. Id con Dios, graciosas frases del autor del *Barbiere*; dramáticos afectos del compositor de *Lucia*; dulcísimas melodías del soñador de *Sonnambula*; sábias armonías del creador de *Roberto*; id con Dios: el público no os ama como debiera.

Pero volvamos á *I due Foscari*. Hace tiempo conocéis esta partitura; por lo cual está demás que os hable de sus condiciones.

Favorecida por un inmenso público ha vuelto á cantarse, como os decia. El desempeño sin embargo no anduvo totalmente afortunado. Badiali, á quien tocaba el carácter capital del Dux, cantó bien, pero con frialdad: la sombra de Coletti apareció ante los ojos de muchos espectadores en la mayor parte de la obra, y sobre todo en aquellas espresivas frases *oh! rendetemi il figlio*; y en el caloroso final

*D' un odio infernale
La vittima sono.*

La Medori ejecutó con soltura, como sabe hacerlo, pero abusó de sus facultades. Esto último lo verifica de algunos días á esta parte; y casi estoy tentado de echar la culpa al público.

El tenor Naudin, que salia por vez primera en este coliseo, es un cantante simpático, de escasos medios vocales, de buen estilo y de espresion dramática. Gustó, fué aplaudido, y llamado á la escena; primero por sí solo, y luego en union de Badiali y la Medori. Ésta y dicho tenor ejecutaron el duo, siempre aplaudido del acto segundo, con un gusto y una delicadeza verdaderamente superiores.

Para concluir os diré dos palabras del teatro de NOVEDADES.

Después de varias exhumaciones de antiguos dramas, se ha estrenado por fin la traducción de uno de origen francés, debido, si mal no recuerdo, á los conocidos autores D^e Ennery y Bresil. Bautizado primeramente con el título de *Marta la inclusera*, ha aparecido en definitiva con el de *Las huérfanas de la caridad*, logrando un éxito bastante regular.

El mérito de esta composición es algo cuestiona-

ble. Fundado su argumento en una ley holandesa que obliga al matrimonio ó condena á muerte al seductor de una hñrfana, hija adoptiva del Estado, no está exento de situaciones interesantes, á la vez que de palpables inverosimilitudes. Tiene en una palabra las bellezas y defectos de las obras melodramáticas de su género.

La ejecucion se verificó no desacertadamente. Sobresalieron en ella la señora Rodríguez, que tuvo momentos muy felices, y el señor Zamora cuyos adelantos son visibles día por día.

Pero me he estendido mas de lo justo. Otra vez os informaré, amables lectoras, de nuevos asuntos que quedan en cartera.

ANTONIO ARNAO

BIBLIOGRAFÍA.

Recomendamos á nuestras lectoras la coleccion de poesías, que con el título de *Horas perdidas*, está publicando el Sr. D. Cárlos Frontaura. La circunstancia de ser su autor uno de los colaboradores de nuestro periódico, nos impide hacer su elogio. Se publica por entregas de 16 páginas en 4.º, siendo el precio de cada una real y medio en Madrid y dos en Provincias; y medio real menos para los suscritores al *Correo de la Moda*. Se suscribe en las principales librerías, y en la calle de Torija, núm. 14, cuarto bajo.

J. PEREZ.

MODAS.

La entrada de invierno, amables lectoras, es la época de los matrimonios: varios se anuncian de personas conocidas, que nosotros no repetimos porque el *Correo de la Moda* no se ocupa de nombres propios; pero viniendo en auxilio de las felices desposadas, les indicará el traje de boda de última novedad.

Sobre un peinado de bandós huecos y levantados, se coloca la indispensable corona de flores de azahar, jazmín y rosas blancas, que se estiende por detrás, cayendo su ramaje sobre la nuca, despues de cubrir el lazo del pelo, de cuyo punto pende el velo de tul blanco, ancho y prolongado, poco menos que la falda del vestido: éste es de grós blanco, de doble falda, y su guarnecido rizados de cintas, que entrelazándose forman costadillos á los lados de la falda. El cuerpo es alto y cerrado con una pequeña aldeta, abierta desde la cintura, y en el pecho el mismo guarnecido forma un escotado de figura cuadrada.

Para trajes de calle son de muy buen efecto los de terciopelo de Escocia, con rayas de cuadros escoceses, y otras de muaré negro, sobre fondo oscuro. Este vestido requiere una manteleta de terciopelo, cerrada por delante, larga por detrás y de doble punta, guarnecida de un rico fleco con su correspondiente enrejado.

Como este último traje es para señora de estado, no podemos olvidar otro de niño de cuatro á cinco años, al que vestiríamos un paletó corto de terciopelo azul, falda y pantalon de chaconá bordado, y un sombrero de paja con su pluma azul.

Pero la prenda de la estacion son los abrigos, y ninguno mas elegante que el que representa el grabado que repartimos hoy. Llámase *Wawerley*, y tiene la forma de un chal largo cojo: su tela es rayada, y dos cintas de terciopelo forman la cenefa, con su fleco correspondiente. El capuchon es de la misma tela con borlas de seda.

Las figuras 2 y 3 del grabado, son de un adorno y un prendido de tanto gusto como novedad.

Y vaya de abrigos: hoy repartimos tambien la lámina de manteletas á las señoras que se suscribieron por un año, ó por seis meses desde primero de Julio: los modelos que contiene son los siguientes:

FIAMMINA. Manteleta de terciopelo negro, de forma de pañuelo, guarnecida de una ancha tira de terciopelo escocés, á cuyo pié se coloca un largo fleco con su franja correspondiente: el capuchon es tambien escocés, y tiene cuatro borlas de seda.

TOPACIO. Chaqueta de paño gris, con adornos de enrejados de pasamanería.

TRAVIATA. Manteleta de terciopelo negro, bordada de torcidillo de seda, y guarnecida de un fleco de guipure.

SILVINA. Albornoz de paño oscuro, con listas escocesas, puestas á lo largo. El capuchon es escocés y adornado de borlas de seda en sus dos puntas, y en el centro.

KAIK. Abrigo de forma redonda, con su capuchon, que tiene una borla en la punta, otra en cada hombro, otra adelante, y dos en la sangría: estas recogen el abrigo formando una especie de manga. El fleco no está puesto á la orilla, como se acostumbra, sino encima de la tela.

DALILA. Abrigo de terciopelo, que forma una especie de falda corta guarnecida de cintas de pasamanería, que adornan tambien, puestas verticalmente una especie de berta, cuya punta cae sobre la falda del abrigo. Igual guarnecido llevan las mangas de forma de embudo.

AURORA PEREZ MIRON.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.

MADRID: 1837.—Imp. de Miguel Campo-Redondo.—Huertas, 42.